

Roland. Así, espera que el año noventa y cuatro perezcan todos los que ponen obstáculos al camino de la República, retardando el reinado de la libertad y de la justicia. Por eso, los traidores todos temen el nuevo año, y, parecidos á las anguilas del Melcon, se quejan mucho antes de recibir daño alguno. Y, mientras Roland se queja, madame se desquita en brazos del negrilla Lanthenas de las dietas á que la tiene condenada el marido con su irremediable impotencia. Preñada la heroína, con un discurso de siete meses en el vientre para que lo pronunciara su tapicero, y entre los dolores del parto, llega desalado á la cámara del alumbramiento aquel descaradísimo niñorro que se llama Louvet. Y cuenta que la revolución está comenzada, y acabará con Capeto y acabará con los brisottinos y acabará con todo. Al oír esto madame Roland inclina la cabeza y solloza y cae desvanecida en tierra. El tartamudo Lanthenas y el corto Louvet corren al frío lecho de Roland y lo despiertan. Éste se despierta muy azorado, sacude sus orejas, preguntando: ¿que hay, qué pasa? Mi mujer, Lanthenas, una circular, correos, las cuarenta provincias, Brissot, Brissot. No me ha escrito tu mano. ¿Me abandonas? Estoy solo. Convocad la Convención y la municipalidad, tañed las campanas, disparad el cañón. Mis zapatillas, mis calzoes. ¡A las armas! ¡Ah! Madame Roland, llamada; llamada á Louvet. No me dejéis solo. Yo debo pronunciar un discurso. Pero tal discurso mío no está pronto aún para la recitación. Tú, centinela Louvet, corre á tu puesto, publica, imprime, acartela todas las esquinas de Francia. Reparte mil millones de pipas. Súbete á cualquier altura, y desde allí di cuantas sandeces te sugiera tu vacío cerebro. El pobre Louvet está engrudando el cuento moral de rosáceo color que ha de moralizar á todos los mortales. Lanthenas es un sapo, y Bancal, jefe de la policía girondina, un chato que nada husmea con aquella nariz de pan quemado. Reidos y denostados todos los rolandistas, *El Tío Duchesne* penetra por casa de madame Roland. Los diálogos por el redomado libelista supuestos entre su persona y la gran dama exceden por su indecencia y asquerosidad á todo cuanto escribiera en su vida. La gorra calada, el traje casi descosido, pipa en boca, látigo en mano; profiriendo juramentos é interjecciones de burdel; tambaleándose al vapor del ron embodegado en su estómago; con aire de chulo y con actitudes propias de un jugador de ventaja; con las señales de todos los vicios en su rostro de cien colores; oliendo á taberna y á garito y á burdel y á todos los círculos del infierno social, *Duchesne* penetra casa de Roland, y después de haber á marido y mujer insultado, pinta su terror el día en que temieron la insurrección material de Marat, quien aconsejaba su descabezamiento, les hace beber las peores palabrotas que pueden caber en una lengua tan culta como la francesa; y los coge por el brazo y los estrella contra el tablado de la guillotina.

Fueron muy desgraciados en sus preferencias, privanzas, amistades los girondinos, y, entre todos ellos, con especialidad, los Rolands. El ejemplo de Lanthenas lo muestra de un modo irrevocable, además del caso de Dumouriez, del caso de Garat, del caso de Pache,

de tantos otros casos. Perteneía Lanthenas á la juventud que Roland procuraba reunir en torno suyo, como legión de buenos escritores, destinada en sus planes y propósitos así á defender los buenos principios republicanos, como á rectificar el sentido común social cuando se descarriaba y pervertía. Roland no supo querer á medias jamás. Amaba y aborrecía con exceso. No se contentaba con que sus amigos fueran amigos políticos; los quería privados y particulares también. Así, fué su casa, no tanto un hogar, como un club de gran tono y un salón de altísima literatura. Si el buen patriota hubiera vivido solo, tal proceder no tenía inconveniente alguno; habría lo que debe hallarse por completo cerrado, aunque sólo albergue verdaderas virtudes; pero, casado con una mujer de tanta juventud entonces, y siempre de tanta hermosura, exponía su felicidad á bien temibles peligros, por todo el mundo previstos, menos por él, tan bueno de natural como confiado en su esposa, y cuitadosísimo. Lanthenas ganó sus preferencias, y á todas partes le acompañaba y todas sus dignidades en el grado correspondiente á su categoría gozaba, encargado de los informes sobre aquellas capitales materias en que Roland se ocupaba, y escribiéndolos con terso natural estilo. A cambio de tales servicios, Roland á su hogar lo llevaba de continuo; á la mesa con grande satisfacción lo asentaba; y, como particular, dábale participación en sus negocios privados, y, como ministro, en los públicos negocios. Hasta un predio quisieron comprar en común, y en común desempeñaron, cada cual desde su respectivo puesto, el ministerio. Roland estuvo en el caso de notar las obsequiosidades del joven Lanthenas con su mujer; pero no las notó; y, si las notó, atribuyólas á la estimación que Lanthenas sentía por él, y no al amor que sentía por ella. Magüer su incurable cieguera, debía tener algún recelo cuando tanta diferencia de años había entre su mujer y él; mucho más, yendo el preferido por su amistad de mariposeo en torno de madame Roland, por dulces frases á la continua requebrada, y requerida de amores con toda la claridad posible. Sin embargo, Roland propuso un día que Lanthenas se fuese á vivir con ellos so el mismo techo, ya que parecía vivir del calor difundido por este hogar en torno de su persona. Madame Roland se opuso con toda convicción, aunque sin dejar entrever al esposo los peligros que corría con abrir su casa de tan pródigo modo á los que podían soñar con su esposa. Mucho se alegró Lanthenas con la proposición Roland; mas, al verla desechada, no se ofendió de madame Roland. Acostumbrado á sus negativas, en las cuales nunca entrevió desdén, vivía feliz con la certidumbre de que si él no gozaba de tal amor, tampoco lo gozaba ningún mortal, dada la virtud omnimoda de su preferida y la inquebrantable fidelidad al marido. Con tal venda sobre los ojos vivió contento muchos años, cada día más girondino y más rolandista. ¡Ay! Un día supo la pasión que á madame Roland inspiraba el distinguido Buzot, y no pudo conformarse con que un mortal consiguiera triunfo tantas veces intentado por él vanamente. Cegó la vista y enloqueció el ánimo. No consideró el mal que hacía, en su pasión, á quien tanto bien le hiciera en la vida. Y dejó

la Gironda, y se subió á la Montaña. Ya en la Montaña, no se contentó con la profesión pública de los principios más exagerados; delató de traidores á sus correligionarios, é impulsó con sus propias manos la carreta que á la guillotina les condujo. Hé ahí el peligro de tener en los combates de la política no un jefe, una jefe; sus correligionarios se truecan y transforman con mucha facilidad y mucha frecuencia en sus amantes. La venganza de Lanthenas prosperó por un accidente imprevisto: la muerte de Marat á manos de Carlota Corday.

Corren los meses de Junio y Julio el año noventa y tres. Carlyle observa que todos los meses de Junio brotan en los países iríos follaje por las selvas; pero aquel año, unidas á las hojas naturales, brotaban hojas artificiosas, publicadas por los girondinos en los departamentos con objeto de arruinar la República montañesa y exaltar la República moderada. En Caen, capitalidad del departamento de Calvados, puede tal fenómeno verse con facilidad mayor que en ninguna otra parte. Y es porque Caen, si geográficamente preside Calvados, en política presta refugio en tal año noventa y tres á los acosados girondinos, apareciendo, pues, como capital administrativa de un departamento y como capital política de un partido. Por tal razón allí se publicaba el diario capital de la Gironda escrito por los eximios corifeos de la escuela. Existen por necesidad, con arreglo á sus respectivos temperamentos políticos, muy contradictorias condiciones entre los perseguidos, no identificados ni en la desgracia, no uniformados ni siquiera por la disciplina rigurosa de una persecución implacable. Acordes todos en resistir á la dictadura, no había dos acordes en los medios de resistirla. Unos, arrestados en sus casas, no se impacientaban, vivían en su cautiverio parisién aguardando que dispusiera el hado de sus personas y de la suerte á sus personas reservada por la Convención, otros huirán y desaparecerán, como si la tierra se los hubiera tragado, sin que se tenga de ellos nueva cierta; mientras los más, combatientes y desesperados, por obra de su propia índole y por obra de las circunstancias ambientales, se arrojaron de cabeza en la revolución, dividiendo los esfuerzos franceses, á la hora misma, en que Francia necesitaba de toda su interior unidad y todos sus buenos hijos para fundar dentro una República verdadera y conjurar en sus líneas fronterizas la irrupción universal. De los resignados al destino en Paris y de los huídos hasta desaparecer por completo del mundo no hablemos. Pero si debemos hablar de los redactores del diario de Caen, que sin patria, sin familia, sin hogar; la bolsa vacía de dinero y el hígado lleno de hiel; hablan, escriben, publican artículos entusiastas, asocian fuerzas, aislan voluntarios, comprometen setenta y dos provincias en su causa; preparan y aperciben Marsella para el combate; designan dos generales más ó menos acreditados con objeto de que dirijan la campaña; recorren la Normandía, el Eure, la Bretaña, desarrollando una cruzada en la cual resultaran víctimas propiciatorias del destino todos los cruzados, vencedores y vencidos, en igual sacrificio; pues la Vendée reaccionaria continúa rebelada en su cruen-

arios, é
ni el peligro
s se truecan
renganza de
de Carlota

todos los
uidas á
s de-
de-
con
de
s,
s
s
u
á
erra
, comba
cias am-
ses, á la
nos

